

CUARTOS DE BAÑO.

José Manuel Vivas

El camión se detuvo con su crujir de frenos viejos, con ese ruido de ancianidad, como un suspiro, o como un grito.

La larga comitiva fue dejando sus vehículos aparcados linealmente en las orillas del camino. El silencio general sólo se quebraba por el chirrido casi insoportable que producía el arrastrar de la bañera por la superficie metálica.

Casi nadie de los presentes la conocía, sólo algunas amigas, su primo Juan. El resto eran curiosos, periodistas preparados a lanzar su mejor instantánea sobre tan peculiar entierro, de aquel sarcófago tan inusual.

El silencio regresó momentos antes de que el padre Luis, siempre tan lento y parsimonioso, soltase su arenga sobre la vida y la muerte, sobre el cielo y los infiernos, sobre el bien y el mal, sobre la soledad y el pecado, mientras todos escuchaban entre atónitos y escandalizados. En estos casos, lo habitual, es hablar de la difunta, de sus bondades, del sufrimiento en su vida, al fin, un recuerdo contenido. Pero don Luis, arcaico y fiel a su peculiar estilo de ver las cosas, arremetía contra los vivos, culpándoles del dolor de los muertos, como él decía no pensaba gastar tiempo y energías en loar un cuerpo sin alma al que bien poco le importaban ya los halagos o los recuerdos. Los que quedaban aquí, esos, eran los que debían meditar y reflexionar. Qué hicieron por aquella mujer, por qué lo hicieron, y sobre todo, qué pudieron hacer por ella, eso, sobre todo.

Cerró la ventana y la puerta con rapidez, como queriendo retener todo el aire. Entonces, en el centro de la habitación, con los ojos cerrados, dejó que los últimos coletazos de viento rozaran sus mejillas. Sobre la mesa, el libro abierto también elevaba sus hojas al leve empuje de un aire

moribundo. Era otoño, y como todos los otoños, Ana jugaba con el sopor indefinido de los días, con la brusca humedad gris de aquella estación donde la melancolía era un paño de quietud inevitable, un espejo donde la tristeza deambulaba quejosa por los rincones, alertando los poros de su piel, o profanando el leve silencio de la casa, el immaculado regazo de su soledad.

Esta vez el empuje de la brisa retenida fue desapareciendo con mayor rapidez, y su perfume no era otoñal, mas bien de invierno, húmedo y frío, extrañamente frío.

Aturdida, decepcionada, frunció el ceño, dejó caer sus delgados brazos, momentos antes extendidos como alas de pájaro, sobre su cintura. Por el cristal de la ventana, un escaso rayo de sol, limpio y amarillo se posó en su pie desnudo. Ana sintió miedo. Recorrió el pasillo aceleradamente, al final estaba el cuarto de baño, entró, fechó la puerta, y sentada al borde de la bañera, con las manos tapándose el rostro, comenzó a llorar.

La luz seguía existiendo, tras la pequeña ventana oval, por encima de sus hombros, continuaba castigando su miedo. Ana giró con brusquedad, absorta contemplaba un aire con filamentos blancos que penetraban hasta su piel, entre sus manos húmedas. Había vivido esa experiencia miles, millones de veces, y amaba esa sensación de refugio y de paz que ahora, poco a poco, la invadía.

Quedó sumida en largas cavilaciones, en lejanos recuerdos. El espacio reducido de aquella habitación estaba lleno de perfumes conocidos, agradables y dulces como el azúcar. Abrió el grifo de agua caliente. Mientras su mano iba sintiendo el cambio gradual de temperatura, y un espeso vaho grisáceo inundaba lentamente la atmósfera, Ana, con los ojos cerrados, con su piel electrizada por todas aquellas sensaciones, seguía huyendo.

La señorita Carmen era obtusamente perspicaz, una pequeña bruja tras sus enormes gafas de culo de botella, con brazos carnosos, sonrosados, con manos anchas y agrietadas, y una voz tan crispante como rotunda y detestable. Su baja estatura no le impedía repartir soplamocos a diestro y siniestro, siempre acompañada con aquella regla de carpintero, dura e inflexible, dispuesta a sorprender a

cualquier despistada hablando, o, simplemente, distraída, para fustigar sus manos y sus nudillos hasta hacerlos sangrar.

De las profesoras del internado, era la más despiadada, nunca dejó entrever ningún atisbo de compasión o misericordia hacía sus alumnas, y además, gustaba de quedarse de guardia en los dormitorios, pasearse como un fantasma amenazador entre las camas de sus víctimas, dispuesta a saltar sobre la primera que osara moverse. “Quiero ver todas las manos fuera”, gritaba antes de apagar las luces. Tenía la pecaminosa idea de que en el silencio y la oscuridad, aquellas arpías descaradas usaban sus pequeños dedos para recorrer el sedoso camino de sus vientres, o los arcos redondeados de sus muslos. Estaba prohibido soñar. Alguna vez, había despertado a tortazos a la desdichada que profundamente dormida, musitaba palabras inconexas. Revolvía el dormitorio, asustaba a las más pequeñas, que desconcertadas rompían a llorar. El final de aquella anarquía nocturna hallaba a todas las niñas bajo un chorro de agua fría. Más de una gripe de cierta gravedad era el fruto de semejante obsesión.

Ana era una niña tímida, huérfana y tímida, solitaria y tímida, hermosa, delgada, alta,...y tímida. Su pelo negro, su brillante pelo largo y negro, fue derrotado por las chillonas tijeras de la señorita Carmen. No quería piojosas a su alrededor, y la extensa mata oscura de Ana era una tentación insalvable para aquellos minúsculos y molestos parásitos.

Con su cabeza rapada, indefensa, Ana era más tímida aún, y esto provocaba las continuas burlas e insultos de sus compañeras, azogadas de continuo por la señorita Carmen, quizás por que nunca pudo perdonar su belleza, tan radicalmente opuesta a la fealdad corporal y espiritual de la profesora. Huyendo de las mofas y de los golpes, Ana había descubierto un pequeño cuarto de baño situado en la planta alta del edificio, al final de un pasillo largo y estrecho. La primera vez que llegó hasta el, sudorosa, casi febril, perdida en aquel inmenso laberinto de pasillos y puertas, le sirvió de improvisado refugio, algo sucio y abandonado, pero protector, silencioso y seguro. Con el cerrojo echado, recogida dentro de la bañera, gimiendo con el rostro metido entre sus piernas, Ana fue, poco a poco, recuperando la calma. Por la pequeña ventana entraba una luz clara y cálida rozando

su piel; la blancura de las paredes, el roto espejo y el techo alto y amplio, hacían la estancia más iluminada. Ana encontró un pedazo de jabón olvidado, no era como aquel duro e inodoro jabón de las duchas, este, de color rosa, guardaba un perfume suave y reconocido. Lo empapó en agua, y frotó sus manos llenándolas de espuma blanca y sedosa que resbalaba por sus dedos. Impregnó su rostro, su cuello, sus brazos, sus piernas, y en cada gesto, cada movimiento, su piel temblaba al placer y la leve ternura cremosa que la invadía. Se desnudó e inundó cada rincón de su cuerpo con aquella esencia. Olía como el aire sereno que en primavera, levemente, entraba por las ventanas del dormitorio, y al que la pequeña Ana se aferraba, con los ojos cerrados, como se hubiese aferrado al pecho de una madre que ya no recordaba.

Muchos años de internado formaron su espíritu robusto y débil a la vez, y un apasionado gusto por los cuartos de baño, en donde se sentía protegida y purificada. Ahora, levemente, se introducía en un agua en exceso caliente, su piel casi rehusaba el contacto con aquel caldo hirviendo, pero su mente y sus ojos lloraban de dolor y placer a la vez. Una neblina de vapor cálido discurría por la estancia y empapaba sus cabellos aún negros, visitados por las líneas blancas del tiempo, pero en su mayor parte negros como la noche. Cerró los ojos mientras su cabeza penetraba en el agua, justo hasta dejar, solamente, su pequeña nariz fuera, orificios por donde el aire casi volcánico llegaba a sus pulmones. Con los oídos dentro del agua, Ana escuchaba la débil música del silencio, la paz que su memoria recordaba en un vientre amado y protector.

Ana envejeció solitaria, y cuando encontraron su cuerpo desnudo dentro de la bañera llena de agua, su rostro transmitía una sensación de paz interior extraña y sobrecogedora.

Sobre el taburete en donde descansaba su mano inerte, un sobre guardaba el contenido de una nota cuya única frase sentenciaba: “Enterradme aquí”.